

Los Asesinatos de Berruecos

F. SERPA

Las montañas de Berruecos, en el Departamento de Nariño, envueltas en brumas y tristes recuerdos, parecen predestinadas a ser escenario de trágicos sucesos. Allí fue asesinado el mariscal Antonio José de Sucre —1785-1830—, hombre bueno, soldado leal y valeroso. “Ha muerto el Abel de Colombia...”, murmuró Bolívar al recibir la irreparable noticia. También cayó allí, años después, cegado por balas homicidas, don Julio Arboleda —1817-1862—, político, esclavista, poeta y guerrero.

Los móviles de ambas muertes no han quedado completamente esclarecidos por la historia. En ambos casos los odios de facción se encargaron de enturbiar y tergiversar los hechos, de manera que un fallo definitivo es difícil de pronunciar.

Como médicos interesados en la historia, creemos de importancia que se alleguen los datos médico-legistas obtenidos en relación con estas muertes. Y tal el motivo del presente escrito.

Por los informes que se tienen de quienes iban acompañando al mariscal por el siniestro paraje, se sabe que al recibir los mortales impactos alcanzó a exclamar: “Ay! balazo...”. Luego de la confusión y el pánico de los primeros momentos, su asistente que iba siguiéndolo trató de ayudarlo, pero al llegar hasta él lo encontró ya sin vida.

El cadáver del general Sucre permaneció abandonado en el sitio del crimen, desde las horas de la mañana que fue asesinado hasta cuando fue recogido, al atardecer, por su fiel ayudante, quien lo trasladó al sitio de la Venta, donde, al día siguiente, fue enterrado.

Don José Manuel Restrepo, contemporáneo de los hechos, en su *Historia de la Revolución de la República de Colombia* (1), dice que el 4 de junio de 1830 “Sucre y sus compañeros partieron de la Venta a las ocho de la mañana, y entraron inmediatamente en la montaña o bosque de Berruecos, de funesta nombradía por los crímenes, muertes y asesinatos cometidos allí desde que estalló la guerra de independencia. Préstase a esta clase de hechos por la espesura de su maleza y arbolado. Apenas habían caminado media legua los viajeros, cuando en la Angostura de la Jacoba, que llaman también del Cabuyal, se oye un tiro de fusil y exclama Sucre: “Ay! balazo”. En el momento suenan tres tiros más de un lado y otro del camino, y el héroe de Ayacucho cae vilmente asesinado, traspasada la cabeza, el cuello y el pecho; éste por una bala, y aquellas partes por cortados de plomo”.

Agrega el notable historiador de la independencia: “El diputado García, que iba adelante, luego que oyó los tiros echó

a huir hasta reunirse con los criados y arrieros. Caminaba detrás Lorenzo Caicedo, sargento primero y asistente del general, quien voló a socorrerle, mas hallóle sin vida y tendido en el lodo. Entonces determina contramarchar hacia la Venta, y los cuatro asesinos le llaman por su nombre y le dicen que se detenga, pues nada le sucederá. El no lo hace y continúa aceleradamente a pedir socorro a la Venta, donde no lo pudo conseguir, pues no hubo quien se atreviera a entrar en la montaña. Por la tarde se supo que el cadáver del gran mariscal permanecía donde lo mataron, sin que le hubieran quitado ni su reloj ni su bolsillo, que tenía con monedas de oro. Marchó entonces su fiel asistente Caicedo y con otros dos mozos condujo el cadáver a un pequeño prado que carecía de bosque, llamado la Capilla. Aquí lo enterró al día siguiente...”

Seis días después el doctor Alejandro Flot, médico del batallón Vargas, practicó el reconocimiento del cadáver del mártir.

El doctor Flot, así podría deducirse de su apellido, posiblemente era uno de los médicos que vinieron con la Legión Británica y que en forma tan abnegada prestaron sus servicios en los ejércitos de la patria naciente. El dato de que a él correspondió cumplir tan delicada misión, lo hemos obtenido del expediente levantado en 1843 contra el asesino de Sucre, Apolinar Morillo (2), en el complicado juicio que siguió a la muerte del héroe, cuya parte pertinente copiamos, conservando la ortografía de la época: Según atestiguó el general don José María Obando, al tener noticia del asesinato del mariscal Sucre “mandó una columna del batallón Vargas, a órdenes del teniente coronel Antonio Mariano Alvarez, comandante de órdenes de esta provincia (actualmente Nariño, N. del A.), al médico cirujano del mismo batallón doctor Alejandro Flot (que ya falleció) para que indagasen de los perpetradores de aquel crimen, los persiguiesen en todas direcciones, pasen comunicaciones a todas las autoridades circunvecinas, practicasen la información del hecho, el reconocimiento del cadáver, y todas las demás diligencias del caso, sin omitir cuanto es correspondiente a un caso como éste...”

A su turno, el coronel Antonio Mariano Alvarez, en su informe a la justicia expresó: “Que hallándose el que confiesa en esta plaza en la época en que mataron al general Sucre, tiene noticia de este asesinato porque fue comisionado por el Sr. Comandante general del departamento que se hallaba en esta plaza general José María Obando que comisionó al confesante para que con el facultativo Alejandro Flot (que ignora su paradero en el día) fuera a presenciar el reconocimiento del cadáver del general Sucre, y acompañado de dos compañías del batallón Vargas, para explorar la montaña de Berruecos y perseguir los asesinos; que efectivamente marchó el confesante y al llegar a la salida de la montaña de la Venta en el sitio que llaman la Capilla en que se hallaba enterrado el cadáver del general Sucre, hicieron alto, se hizo escavar la sepultura, desenterrar el cadáver del general Sucre, y reconocerlo por el cirujano referido, y practica el reconocimiento por Flot, resultó que había sido muer-

Dr. Fernando Serpa Flórez, Miembro Fundador de la Sociedad Colombiana de Historia de la Medicina y Miembro Correspondiente Extranjero de la Sociedad Española de Médicos Escritores.

to con armas de fuego y con postas o cortados en varias partes del cuerpo, pero no recuerda con exactitud cuántos ni en qué parte: que después de ejecutada esta diligencia, y vuelto a enterrar en el mismo sitio, siguieron su camino para la Venta a concluir la comisión que llevaban..."

De lo anterior podemos deducir que el médico doctor Flot, más que la autopsia del mariscal Sucre, practicó el reconocimiento de su cadáver seis días después del crimen. Ello podemos conjeturarlo por la información dada durante el juicio por la mujer de uno de los asesinos, quien dijo que el coronel Alvarez y sus acompañantes llegaron aproximadamente seis días después del terrible acontecimiento a la Venta. Y es razonable pensar que la inspección de los restos mortales se adelantó de inmediato y que la descomposición del cadáver ya llevaba adelantándose dicho lapso.

En resumen, desde el punto de vista médico por los anteriores datos sabemos que, según Restrepo (1) Sucre murió por una herida de bala que le "traspasó" el pecho y por varias heridas más causadas por "cortados de plomo" que interesaron la cabeza y el cuello. El coronel Alvarez, por su parte, informa que Sucre "había sido muerto con armas de fuego, y con postas o cortados en varias partes del cuerpo, pero no recuerda con exactitud cuántas ni en qué parte" (2). En cuanto al doctor Alejandro Flot, por la época en que se realizó el proceso por el asesinato de Sucre, ya había muerto. Sería interesante investigar si existe algún informe escrito del cumplimiento de su deber científico y si, a más del reconocimiento del occiso, efectuó la correspondiente necropsia y dejó algún protocolo de ésta.

Postas o cortados, por lo que ha podido averiguar el autor de esta reseña, son perdigones o proyectiles diseñados en forma especial. En ninguno de los diccionarios de términos militares que pudimos consultar, gracias a la amabilidad del general Jaime Durán Pombo, actual Director de la Biblioteca del Estado Mayor General, encontramos la palabra cortados. Tampoco en el Diccionario de la Lengua Española, que si define, en una de sus aplicaciones, la palabra posta como "bala pequeña de plomo, mayor que los perdigones, que sirve de munición para cargar las armas de fuego".

También en las montañas de Berruecos cayó, víctima de balas traicioneras, don Julio Arboleda, en 1862. Y, como en el caso de Sucre, los odios políticos trataron de explotar su muerte y de tergiversar la verdad. Fue en los finales de la revolución de Mosquera contra el gobierno legítimo de don Mariano Ospina Rodríguez, y los partidarios de éste atribuyeron, malévolamente, a don Tomas Cipriano ser el autor intelectual del crimen. También, lustros después, en un debate en la Asamblea de Cundinamarca, don Manuel Briceño en forma osada calumnió al doctor Tobías Valenzuela (1828-1898), diciendo que él había sido el culpable de este crimen. Ello dió ocasión para que el distinguido estadista liberal se defendiera en un opusculo, titulado "El asesinato político" (3), aparecido en 1882, en que, entre otras afirmaciones, concluye con la siguiente frase:

"¿Quién hubiera podido decirme, cuando en compañía del señor Gabriel Vengoechea, colocaba con mis propias manos los restos mortales de Arboleda en su último asilo, que ven-

dría un día en que la calumnia fuera profanadora, a sacarlos de allí para lanzármelos encima?"

En este folleto aparece la transcripción de una carta del general Gabriel Reyes, coetáneo de aquellos hechos luctuosos, quien entre otras cosas afirma: "El día quince de enero de 1863, en el pueblo de La Unión (la antigua Venta) se presentó en mi habitación un mozo con un fusil en la mano, y después de saludarme, dijo... "Yo fuí el que maté a don Julio Arboleda..."

"Aquel mozo, cuya edad era apenas de diez y ocho a diez y nueve años, tenía una fisonomía franca y una mirada sencilla. Era blanco, gordo, imberbe, de pequeña estatura y se llamaba o respondía al nombre de Juan López"

Estas declaraciones fueron consignadas por el señor Reyes en su Diario Privado dos días después de escuchar la confesión del asesino, cuando se hallaba en Buesaquillo. Agrega que llevó al homicida al sitio del crimen y le hizo repetir sus movimientos y referir lo acontecido:

"Le eché otra bala a mi fusil, y aquí, así como estoy, y mi compañero aquí, decía marcando los sitios; al asomar los jinetes que venían en mulas, les apuntamos e hicimos fuego en el momento en que trataron de volver atrás para taparse con el barranco. Sin perder momento saltamos al monte, y por las veredas que conocíamos nos fuimos corriendo como venados".

"Sentimos mucho fuego, y después nada. Ese mismo día nos reunimos con el capitán Sierra; y hasta pasados seis o siete días fue que se supo que había muerto el señor don Julio". El mozo acabó de hablar. Yo que sabía que la bala había penetrado por la espalda, me puse a observar atentamente el lugar. Medí la distancia (de veinticinco a treinta varas) calculé el movimiento que pudo hacer el jinete, y comprendí que todo aquel relato era muy verosímil..."

"Aquel mismo día fui a dormir al sitio de Olaya, en una pequeña casa, muy pobre, en donde en la madrugada del 13 de noviembre había muerto el señor Arboleda, pues sus amigos lo llevaron en una camilla hasta ese punto, creyendo que alcanzaría vivo hasta Pasto".

Desde el punto de vista médico la muerte del autor del "Gonzalo de Oyón" se debió al impacto de un proyectil que "había penetrado por la espalda" y que posiblemente debió interesar órganos vitales y producir una hemorragia que le ocasionó la muerte, horas después, cuando era conducido, en penosa marcha, en busca de los auxilios de la medicina, a la ciudad de Pasto.

Allá, en esas foscas montañas, tendido en una austera barba-coa expiró el poeta soldado. La parábola vital de dos grandes hombres que contribuyeron, cada cual a su manera, a conformar nuestra historia en el pasado siglo, se detendría de manera violenta, en sitio muy cercano. Dice la leyenda que, años antes de caer asesinado, don Julio Arboleda había comentado en una alegre reunión de amigos en que se puso el tema del *bel morire*: "A mí me ha parecido siempre la muerte más hermosa la de Sucre, en Berruecos..."

BIBLIOGRAFIA

1. Restrepo, J.M. "Historia de la revolución de la República de Colombia". Bezançon, Francia, 1858.
2. "Causa criminal seguida contra el Coronel Granadino Apolinar Morillo y demás autores y cómplices del asesinato perpetrado en la persona del Señor General Antonio José de Sucre" Poder Ejecutivo, Bogotá, 1843.
3. "Libros raros y curiosos". Ignacio Rodríguez Guerrero. Boletín Cultural y Bibliográfico. Banco de la República. Vol. 5. No. 5. Mayo, 1962.